

## SEGUNDA VISIÓN PANORÁMICA Y MÍNIMA DE LA OBRA DE MANUEL MEJÍA VALLEJO<sup>1,2</sup>

---

Otto Morales Benítez  
Para Miguel Ángel Burelli Rivas  
Homenaje

### Resumen

En este artículo se hace un balance de la prolífica obra literaria de Manuel Mejía Vallejo, uno de los escritores más importantes de Colombia. Se presentan reflexiones sobre lo que el escritor pensaba acerca del amor, la vida, la muerte, Dios, el diablo, el sueño y la intensidad de la desesperación.

### Summary

The author presents a balance of the productive literary work of Manuel Mejía Vallejo, one of the most important writers in Colombia. Attentive consideration about his concept of love, life, death, God, the devil, dreams and the intensity of despair are shown in the article.

**A**somarse a la obra y al transcurso vital de Manuel Mejía Vallejo, no es un ejercicio de simple mecánica de enumerar calidades de su prosa o referirse, accidentalmente, a los valores que trata de reflejar en su fabular y en su poesía. La Academia Colombiana de la Lengua realiza un acto

de justicia al proclamarlo su Miembro Honorario-Póstumo, pues es el reconocimiento a sus altas calidades espirituales. Su mensaje no es complejo deliberadamente, sino que entra a una maraña intrincada de situaciones, realidades, sueños y adversidades naturales, pues su producción está

---

<sup>1</sup> Otto Morales Benítez trabaja una obra que llevará por título *La almendra en el fabular de Manuel Mejía Vallejo*. El ha publicado la Colección *Conozca a Manuel Mejía Vallejo: Aire de Tango o el derrumbamiento de una época*. Universidad de Antioquia. 1981, Medellín. Este texto se reprodujo en *Obra escogida* de O.M.B. Tomo II. Colección Biblioteca Pública Piloto. Volumen VI, 1980. Medellín.

El ensayo *Visión panorámica y mínima de la obra de Manuel Mejía Vallejo*, aparece en el libro. *Perfiles literarios de Antioquia*, de O.M.B. Ediciones Universidad Nacional de Colombia, 1987. Bogotá.

<sup>2</sup> Lectura en la Academia Colombiana de la Lengua. Sesión en homenaje a Manuel Mejía Vallejo el 5-X-1998.

centrada en el orden esencialísimo y dinámico de la vida. Allí donde el hombre da vueltas sobre el torbellino social, económico, político, cultural. Él, no abandona este medio donde crecen las mentiras y se asoma, con asombro, la verdad de lo que existe. Es el mundo con sus extravíos y la fuente de luminosidad que se levanta proyectándose *sobre la idea central y capitalizadora, que es el oficio de ser hombre.*

### Imaginación y realidad.

Estamos ante uno de los escritores más importantes del país. Ya tiene una altísima consagración en los juicios literarios, pero apenas comienza su ascensión, por la escala de Jacob de la crítica nacional e internacional. Ambas han sido amplias, extensas y comprensivas, pero su obra tiene muchas aristas de hondura, de las cuales apenas se comienza su exploración. Por sus páginas ve uno asomar las más intrincadas y también, las más cotidianas experiencias humanas. Nada se excluye: Seres con sus complejidades interiores y la existencia reclamándoles que ejerzan los oficios menos explicables. Sin que ello quiera decir que el escritor haya buscado, deliberadamente, que así suceda. Nó. Lo que acontece es que él no elude ni las confrontaciones íntimas, ni deja que se dejen de mencionar *los trabajos y los días* -como diría el poeta- *por modestos o estrafalarios que aparezcan.*

Para él, el comportamiento y sus diversas expresiones, van fluyendo con la riqueza de alta espiritualidad o de fuerza elemental de los instintos.

Es un novelista que no elude ni esconde la vida. Ello no implica que una dosis de vulgaridad, hoy tan extendida para plantear llamadas espectaculares al lector, lo acompañe. Al contrario, uno siente que una fuerza ideal mueve los acontecimientos que relata. Pero si tiende su mirada buscando penetrar a las estancias ocultas de los personajes, que no tenemos capacidad de descubrir quienes andamos en otros menesteres. Este artista de la palabra, la toma y, con ella penetra al laberíntico mundo de pasiones, recuerdos y

vivencias, donde se balancean tantos poderes de la imaginación y de la realidad. Es como un descubrimiento de las piezas íntimas que mueven lo más extraño del mecanismo íntimo de los individuos.

En Mejía Vallejo tiene una capital importancia la infancia. Ella lo asiste y no lo abandona. Lo que reproduce, en parte, viene de su memoria: El paisaje, las gentes de su cercanía del amor y quienes acompañaban las faenas diarias, las montañas majestuosas, los silencios y terrores que engendran los ruidos de la naturaleza; los sacudimientos de las almas, tan inquietantes y estremecedores como los que descienden del cielo, en chispas encendidas de pavor en la noche. Pero los personajes viven tan tenebrosos instantes como cuando el mundo exterior produce los sacudimientos telúricos.

También pasa la belleza de las mujeres de su comarca, suave y complaciente para las miradas; o los ardores de las "puticas" con su cariño, reservado y extrañamente recatado, compartiendo las suertes de la adolescencia. Se enciende el brillo de los machetes y de los cuchillos agoreros, que van revelando una forma, pueblerina, de consagrar el valor. No hay elemento de la "dulce y varia vida" que no asalte sus palabras de creador y las ilumine con resplandores espirituales y con pesadumbres del corazón. Hay un entrelazamiento mágico. El sacerdote Luis Marino Troncoso, en su libro *Procesos creativos y visión del mundo en Manuel Mejía Vallejo*, dice que el novelista logra la *poetización de la realidad*. De allí viene el hondo y apasionante encanto de su escritura.

Mejía Vallejo es el hombre que, por las referencias literarias que formula, viene de muchas lecturas. Está en el centro de las preocupaciones y demandas de volúmenes que iluminaron el paso de nuestra generación y le dieron timbre de orgullo a la literatura nacional y vuelo trascendente a la internacional. Tomaba el camino de los intrincados vericuetos existenciales que nos tocó recorrer en una época de extrañas transformaciones en los disímiles aspectos de la existencia. Él fue lector apasionado.

Necesitaba enfrentar el mundo de relación que le había tocado vivir, pues su ánimo no estaba serena sino en el torbellino apasionado de las demandas de la inteligencia. El centro de su cultura, era el que irradiaba sobre la vida con alegrías y desgarramientos; con doctrinas que se hundían y con el surgimiento de nuevas teorías que trataban de ordenar el orbe. Para las gentes, nacidas alrededor del año 20 de este siglo, no ha sido posible, ni fácil, ni siquiera medianamente lógico, poner orden en los desesperantes mundos de la patria y del exterior. Estos apremios, en medio de figuras líricas, de diálogos lúcidos y otros deliberadamente sigilosos, van apareciendo en la obra de este singular y apasionado creador de situaciones y personajes; relator de sueños y durezas humanas; de fuerzas idealistas y de desgarraduras en las confrontaciones diarias.

Pero hay algo que es capital y que no podemos olvidar. Él mismo autor recordó, en alguna de sus declaraciones, que el narrador popular es el iniciador de la literatura antioqueña. El, acepta que de allí se nutre y que no puede abandonar, ni en los momentos más sofisticados de la producción, ese hilo conductor de su vida intelectual. Sin que ello implique que hay un sometimiento a lo folclórico. Si recoge elementos de éste, es para elevarlos a una categoría universal. Para que trasciendan con la fuerza de significados mundiales. En él se cumple la sentencia del filósofo: *Quien escribe sobre la aldea, lo está haciendo sobre el amplio mundo*. Así van quedando en sus páginas, parte de la Antioquia y de la Colombia, que desaparecían. Pero el derrumbamiento era universal. Por ello en esas débiles hojas reluce el registro de la existencia, sin fronteras. Es lo que él llama *los fantasmas vivos de su pasado*.

El novelista ha dicho cómo concebía lo que había vivido, lo que estaba instalado entre la realidad y la imaginación: En ese entonces *queríamos vivir. Y vivir seguía siendo lo hechizado, el asombro del día ante la noche; de la noche ante la claridad del día, de la palabra decidora, o el silencio cordial cuando la palabra sobra por inferente y limitada*.

Aquí hay una declaración estremecedora: El lenguaje -que en él es tan rico, sugerente y lleno de resonancias estéticas- pone fronteras entre lo acontecido y lo que se quiere relatar. Es cuando uno como lector, advierte, con precisión y madurez gráficas, que el universo, se enciende y avanza, entre las espirales del surtidor que sube por el alma de sus personajes. Hay destellos de grandeza en el sufrimiento; en el dolor que se oculta por pudor; en la alegría vital que recorre las calles del pueblo o de la ciudad y que se vuelve, júbilo pagano, entre alcoholes y prostíbulos. O que simplemente va tejiendo dolores en el alucinado mundo de los seres: Entre la desvanecida poesía del entresueño y el duro padecimiento vital. El ser oscila en el centro del existir entre lo poético y lo limitante de la miseria humana. Es que vivir es exigente, dijo el musageta. Mejía Vallejo, en una breve declaración, dejó la mejor síntesis de lo que aprisiona su incitante y claro afán creador: *toda obra de narración es una autobiografía. Soy como tú, Río San Juan* -el que pasaba por la casa de la infancia con sus líquidos estremecimientos- y repite, *como tú, Río San Juan, borrascoso y rebelde*.

### Sus compañeros y la aventura intelectual.

Augusto Escobar Mesa es un profesor puntual por su dedicación a la cátedra; el rigor de sus conocimientos literarios; la riqueza de información crítica; su centro capital es el ensayo. Los libros que ha publicado los sitúan con maestrías reconocidas en su estilo, en su erudición, en la hondura y precisión de los juicios. Es un intelectual en vigilante creación. Durante quince años conversó cuidadosamente con Manuel Mejía Vallejo. Anotó, grabó y de inmediato, fue reconstruyendo diálogos y sentencias. Ambos caían, deslumbrantes y esclarecedores del diálogo de Manuel. Así nació un libro capital para entender, comprender y prolongar los goces mentales sobre la obra del novelista y poeta: *Memoria compartida con Manuel Mejía Vallejo*, que editó la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina, en 1997. Allí

aparecen los datos capitales para situar a sus compañeros de aventura mental y humana:

*Cuando recién había publicado mi primera novela, **La tierra eramos nosotros** (1945), el Medellín de la época estuvo dominado, fuera de las tertulias del Café Madrid y el Blumen, por los viejos poetas y por la generación que escribía en el suplemento literario **Generación** del periódico **El Colombiano**, creado por Miguel Arbeláez Sarmiento y Otto Morales Benítez. Era el mejor suplemento que había en el país. Ellos nos modernizaron a todos nosotros. Así se conoció a Pablo de Rokha, a Vicente Huidobro, a Andrés Holguín, a Aurelio Arturo, entre muchos otros. Lo ilustraban Fernando Botero, Merino, Arenas Betancourt....*

*Los jóvenes escritores de aquel entonces leíamos fervorosamente a Neruda, a Huidobro y a los poetas jóvenes que estaban sobresaliendo en el país: los Nuevos y los Piedracelistas. En general, la literatura que se hacía en Medellín se conocía a través del suplemento literario de **El Colombiano**.*

El maestro Rodrigo Arenas Betancourt en su libro *Crónicas de la errancia de la vida y la muerte*, cuenta lo que acontecía y menciona nombres que hacen parte de la leyenda literaria:

*En mil novecientos cuarenta y uno, al regresar a Medellín, derrotado por Bogotá y en plan de cura y reposo, me encontré contigo, Otto, y con Miguel Arbeláez Sarmiento en la dirección de **Generación**, suplemento literario de **El Colombiano**. La vida de provincia era más sana e ihusa, apegada a valores tradicionales ya en crisis en el resto del mundo. Compartíamos angustias, tristezas, dolores, suaves dolores, peculiares de la sensibilidad finisecular.*

*En derredor de **Generación**, estaban unidos intelectuales de Antioquia: Jorge Montoya Toro, Carlos Castro Saavedra, Hernán Merino, Alberto Gil Sánchez, Eddy Torres, Eduardo Correa, Pedro*

*Restrepo Peláez, Jaime Sanín Echeverry, Saúl Aguirre, Edgar Poe Restrepo, Belisario Betancur, Hernando Rivera Jaramillo, Esaú Becerra, Iván Piedrahita, Juan Roca Lemus, Alberto Upegui Benítez. Discutíamos con calor y pasión.*

### Hondura Temática.

En cuanto principiamos a penetrar en el sentido profundo del mensaje de Mejía Vallejo, nos hallamos con graves y profundas inquietudes como que el ser tenga que enfrentar temas de tan arduo contenido filosófico como el bien y el mal. ¿Cuál es la separación entre esas esferas que nos gobiernan?. Se va entonces, extremando el análisis del comportamiento. No son preocupaciones que aparecieron de improviso. Son parte de la esencia del vivir en su comarca. Nacen de las enseñanzas; de las moralejas de las leyendas; de los relatos que corren de la existencia entre los seres más humildes y desprovistos de elucubraciones. Es, en parte considerable, la presencia del pensamiento religioso. El catolicismo allí tuvo una fuerza que nadie se atrevía a discutir y su imperio sobre las conciencias fue total. De acuerdo con el Concordato firmado con el Vaticano en la Regeneración Conservadora de Núñez y Caro, la educación estaba bajo el dominio religioso: Señalaban los profesores, censuraban los textos, indicaban las orientaciones generales. Entonces, el tema de Dios y el Diablo explicado con parquedad mental, pero con asombros de padecimiento, castigo, remordimiento y contrición influía sobre la mentalidad colectiva. Ésta, se encontraba sometida. No podía intentar liberarse de esos dos nortes. Pesa entonces, en la actitud de los humanos. Y se prolonga en cada uno de los hechos, actitudes, pasiones y reflexiones de los personajes. A veces, parece que pesara sobre ellos como una losa funeraria. El fanatismo y el moralismo son dos guías constantes en la vida cotidiana. Manejar sus expresiones, restricciones espirituales, deja fluir los conflictos interiores, eran materias, en la escritura, que exigen idioma de cierta perspicacia cercana a la profundidad. La conciencia

de los seres se convierte en enmarañado mundo de dudas para determinar su conducta humana. No es, por lo tanto, temática fácil y simple. Necesita cierta cercanía al examen de los valores que pesan en una comunidad.

En su obra, entonces, va apareciendo el hombre como entidad guiadora. Como centro de las mayores peripecias. Esto no quiere decir que las mujeres no tengan su alto rango. Pero aquél va siendo un compañero ineludible en las suertes más activas y esenciales de la existencia. Es *compadre de la vida y la muerte*. Mejía Vallejo lo dice con frase de estremecida belleza popular: *Es madeja de la vida humana*. Él, como fabulador, no lo menciona, solamente. Él trata de penetrar en los pliegues de su espiritualidad. A veces son signos muy débiles por su condición de ser precario en los dones de la cultura tradicional o de élite. Pero es que tiene la propia, la que emana de los hechos más triviales y simples: Está sumergido en su propio enfrentamiento con la realidad y ésta le va entregando los perfiles de lo que es una parte de aquella, que trasciende en actos, conductas y visión del mundo. El creador teme mucho que con la rapidez tecnológica y la irresponsabilidad manifiesta para aplicarla, pueda convertirse en una cifra de computador, enajenándolo o minimizándolo. Reduciéndolo a la parte mecánica de la existencia, desapareciendo así las fuerzas impulsadoras de la vida.

### Su visión del mundo

Su filiación es muy clara. Él ha sostenido, en diferentes oportunidades, que la cultura es aquella que nos suministra el medio y que depende de nosotros si somos o no capaces de aprovechar esas vislumbres que cruzan nuestras vidas. Más adelante tuvo oportunidad de manifestar que sus personajes aparecían con ciertas inhibiciones las que gobernaban a sus paisanas y sus varones. Las fuerzas que han despertado tantos conflictos -Dios o el Diablo- van atando la naturaleza de los seres. Pero

la vida es fuerte para ir rompiendo esos cercos espirituales.

Desde luego, no quiere estar inventando sin límites. Él, apela al recuerdo. Éste, lo vuelve esencia de su creación. Además, él continuamente acepta que muchos de sus escenarios, de los individuos que atraviesan por sus páginas, de las escenas que describe, son parte de lo que rozó su niñez. Son las conmociones de las primeras experiencias. Le ultrajaron la concepción de lo que es la solidaridad humana, cuando apareció la violencia. Dice algo muy hermoso y trascendente: *Los recuerdos se quedan sin dueño cuando el hombre que los creó está muerto*.

Por ello, él nos informa que Miguelito Marulanda y Jesús Arenas, fueron arrieros de su padre. Pero que, básicamente, eran contadores de leyendas. Como también tuvo gran influencia la voz de su madre cuando relataba su propia experiencia y se refería a las vidas de los demás. Predica que vuelve con frecuencia a su infantilidad, porque no quiere desubicarse. Regresa otra vez, al agua torrentosa del Río San Juan, que lo acompaña con su dramatismo, pues partía las montañas. Así como escucha los cascadas de los caballos, que siempre, por su aire imperial, dan solemnidad sonora cuando avanzan. Si es en la noche, logran una repercusión casi mágica, el terror, de espanto conmovedor que cruza como relámpago en las horas del recogimiento.

Los caminos que conoció, cuando los describe aparecen como eran y son: Abismales. Por allí se despeñaban bestias y hombres. La cordillera tenía una connotación espectacular por su majestad de piedra. Las fuerzas sobrenaturales, recorrían el alma, estremeciéndola. El varón estaba en el centro, dirigiendo las tempestades del corazón, de la vida y las que incubaba la muerte. Sus personajes, entonces, están atados, física, mental y emocionalmente, a esas suertes que vienen de la rememoración. Su obra expande tantos resplandores de claridad vital, porque su posición era el ejercicio existencial, sin eludir ninguno de los propósitos con que se marca éste. Desde luego, su interés capital era la creación literaria. Pero no eludía el ambiente humano, con

lo que éste tiene de hondo, conturbador y eufórico. Por ello anda en la cercanía de la amistad, del humor, de la frase con la reflexión profunda. De lo que se le escucha a sus protagonistas, se acentúan las creencias que, desde luego, se vuelven afirmaciones o negaciones. Es una manera de puntualizar en qué se cree o qué se espera del fluir de la vida. Así se va dejando asomar la complejidad de lo humano. Entonces, es evidente que no hay juego, ni ligereza, ni sólo expresión folclórica. Su avance se centra en lo trascendental del comportamiento. Cada cual, va tomando la posición que le corresponde en el pueblo, en la vereda, en la ciudad. Es un realista sin que se pierda en bajezas, pobrezas del razonamiento, demagogias. La gente está allí en su función normal de alegría y sufrimiento. Muchas ocasiones, se le encuentra dejando asomar la vieja dicotomía entre el bien y el mal en el río de los acontecimientos.

### Cómo apreciaba su trabajo intelectual

Cuando editaron por tercera vez *La tierra éramos nosotros*, escribió, como introducción y con el título de *Razón de ser*, unas afirmaciones que sitúan su trabajo intelectual. Para él, la escritura era una manera de que no desapareciera aquello que aconteció a su alrededor, para que así no se esfumaran *los seres y las cosas que atestiguaron mi camino de hombre*. Es decir, lo que crea lo refiere a esta vocación enteriza; a este peregrinaje integrador.

Desde luego, hay un afán de comunicación. Es dejar establecido cómo fue su mundo, de qué manera percibió el proceso de cambio al cual le tocó asistir a nuestra generación y señalar los valores cardinales que le dieron impulso de permanencia en la lucha. El, salvaba los principios que más orden social le dieron a su existencia y a la de otros: *Es bueno contar el gran accidente de la vida*. Consideró que la fuente popular era una vena orgánica que lo nutría. Sin apelar a lejanías, volver sobre lo inmediato. Situarse en la vocación de interpretar su mundo, sin concesiones. Sin olvidar que hay unas raíces que nos atan y gobiernan.

Tenía la percepción de que el lenguaje

cumplía una serie de afanes de interpretación de lo que acontecía. Que, a veces, los sucesos desbordaban y avanzaban sobre la vida literaria, poniendo a ésta en aprietos. Pero como la palabra tiene tanta fuerza, tan espectacular proyección, tan singular categoría de recreación, a ella se sometía sin vacilaciones. Pero vigilándole su filiación estética. Si ésta se abandona o se desprecia, el relato aparece sin la noble riqueza que debe ostentar. Ella sirve para expresar lo que se necesita transmitir: La conmoción, el recuerdo, la indignación, el asombro, la diversión, lo que sacude en los diferentes órdenes de la extensión del existir. Caminar en la vida y transmitir, a través de los personajes, o que ella representa y extiende como función vital, es un ejercicio que demanda custodia y fidelidad. Con el discursar humano no puede tolerarse ninguna distracción en la escritura literaria.

### Referencia a escritores colombianos.

Habría que intentar, en el futuro, hacer un escrutinio de los autores que estuvieron cerca de su afán intelectual. Él dejó muchos nombres en sus reportajes. Ahora sólo mencionaremos algunos colombianos. Es bueno destacar esta actitud suya de reconocimiento, pues la inclinación de los autores nuestros que alcanzan alguna nombradía, es hacia la exaltación de nombres extraños, aun cuando su mensaje no tenga ninguna relación ni con sus temáticas, sus pensamientos o sus constantes actitudes positivas o sus aberraciones. Manuel Mejía Vallejo, en cambio, deja correr apreciaciones valorativas sobre muchos de quienes han sobresalido, señalando caminos. Ese gesto es el que queremos encomiar.

No tuvo ninguna dificultad para proclamar que Bernardo Arias Trujillo, con su novela *Risaralda*, ejerció influencia en su primera fabulación. Cómo César Uribe Piedrahíta con *Toá* y *Mancha de aceite*, abrió algunas rutas que era necesario explorar para el manejo de situaciones hondas de la vida colombiana.

León de Greiff fue un demiurgo que

despertaba la conciencia, llevaba a los más extraños júbilos líricos, propiciaba la vocación por el manejo adecuado o enriquecedor de la palabra. Su vocación de amor, su venusina pasión, su rigor poético, su irradiación musical, comprometían el ardor de la gente joven. Y dictaminaba con su gran ejemplo: Su rebeldía intelectual.

Estaba allí compartiendo esa devoción poética: Guillermo Valencia. No entendía cómo le ponían cercos críticos, sin entrar la profunda riqueza de su mensaje; a la sabiduría de extrañísimas fulguraciones y reminiscencias; a la perfecta armonía del lenguaje. Esta esencia para Mejía Vallejo era inmanente, pues siempre tuvo la vocación de la palabra ennoblecida y enojada para cantar.

Lo mismo que Rafael Maya lo apasionaba con sus sonetos románticos y sus poemas donde el recuerdo y el ensueño pasan sacudiendo cada estrofa de clásica perfección.

O Alberto Ángel Montoya con una obra que despertaba euforia, pues venía de la vena de una fina paganía en el amor, en la bohemia, en el paso del diálogo a la vertiente del ensueño en cada acto de la vida.

Hay una bella exaltación de Carlos Castro Saavedra, a quien todos consideramos compañero, que es aquella en la cual afirma que, como poeta, *fue la ternura al servicio de la inconformidad*. Juan Lozano y Lozano escribió que era el mejor sonetista entre la riqueza de vates que cruzan por la literatura colombiana.

A Ciro Mendía lo comprendía en su intensidad: La de la poesía de la muerte. Que es cuando es superior a sus sonetos, a sus romances. Y, vuelve a despuntar, creador y trascendente, en sus décimas, sin que deje de seducir con el resto de sus poemas.

A Fernando González, quien fue su contertulio, le señala algunas de sus características y categorías: Lo observa mirando con angustia a su raza. Siempre está acercándose a los temas con ojos de profeta, buscando la palabra *definidora*. Tenía una condición: *Era queredor de las cosas*, y deja

caer dos juicios complementarios: Uno, que era *experto en desorientaciones* y otro, que manejaba las *incertidumbres serenas*.

Quisiera anotar un hecho trascendental en Mejía Vallejo: Su capacidad intuitiva para las definiciones, para situar a quien examina, para no ir más allá de lo que debe ser el análisis. De otro de nuestros camaradas, de Rogelio Echavarría afirmó que su poesía es poesía con todo lo digno de amar *... poesía en plenitud y en la posesión de sí misma*. Arturo Echeverry Mejía es novelista de la violencia y de la vida enmarañada. Su *Marea de ratas* capta la dimensión de aquella etapa en donde la barbarie política pervirtió al país, sin que se advierta hoy cuándo pueda reivindicarse de tanta dolencia física y moral.

A Porfirio Barba-Jacob lo ama porque *andaba en el pecado, en el remordimiento, en los sentimientos de culpa*. Su poesía nos ilumina con sus resplandores trágicos, pero, también, nos pone en el camino de la comprensión de la vida humana. No tomamos más nombres, pero dejamos consignada su devoción por la poesía y por los creadores de la vida literaria en Colombia y por sus amigos de la cercanía vital e intelectual. Ésta es una escogencia arbitraria, de la cual me declaro confeso.

### Nuevos temas de perdurabilidad

En cuanto se va avanzando en la revisión crítica de su mensaje, va apareciendo la cúspide altísima de su razonar. El silencio, la soledad, la muerte, que son amplísimos valores de carácter universal, asedian a sus muñecos. Éstos asumen batallas para liberarse de algunos de estos signos. Otros, en cambio, persisten en ellos, buscan su letal atmósfera. Son materiales difíciles de reflexión para el ser. Vienen de muy remotas preocupaciones del existir. La muerte, que con tanta persistencia asoma en su fabular, no parece, en lo personal, inquietarlo. Para su propia percepción del universo, ella llegará y lo encontrará en combate. Es la expresión de una fuerza vitalista, que impresiona y determina. Pero tan es así el acierto que enumeramos que él declaró, en

diversas oportunidades, que ella era la que lo acicateaba para continuar buscando la presencia de la existencia en las más diferentes maneras del goce, del dolor y de la esperanza. Porque para él la vida no fue otra cosa que un continuo avanzar, volver a comenzar, reiniciar la marcha.

## La Violencia

De la memoria del autor van descendiendo muchos de los temas esenciales de sus obras. Ella le permite recrear y volver sobre los acontecimientos, sus autores y las realidades, ante el asombro de lo que lo sigue persiguiendo. El novelista se para inquieto frente a la violencia y el destino de su comarca, de su país, de su entrañable pueblo, y van surgiendo sus dramas, la angustia que engendran, las perturbaciones morales, los decaimientos sociales. Las reflexiones de sus protagonistas, van situando la dramaticidad de tantas horas de perplejidad.

Él vuelve a plantear un tema al cual hicimos referencia anteriormente: La obligación de escoger el bien impoluto -el gobierno y su partido- ó el mal del diablo, arrasante y hereje, que se confundía con el liberalismo. Entonces, hay un fondo de fanatismo. Prevalecía una acción violenta contra la vida cotidiana, contra los resortes sentimentales y los morales.

Para él lo más grave de esa violencia que apareció de 1946 para acá, es su carácter inhumano, sin un acento social. Siempre a aquélla se le reviste de algún aire de comprensión justiciera. Ésta, que tenía un perfil de sectarismo político, no podía alegar ninguna inclinación hacia ayudas generosas a los compatriotas. Estaba despojada de el más leve asomo de solidaridad. Mejía Vallejo nos recuerda dos condiciones macabras: La primera, el apoyo que, desde los púlpitos, y a veces, participando en acción directa, en los pueblos, muchos sacerdotes comprometieron la imagen de paz que emana de la doctrina de Jesucristo. Y no ha podido olvidar la fotografía que recorrió el continente, en la cual un sargento jugaba con los cráneos de algunos guerrilleros liberales, cuando éstos aparecieron

varios años después de haber comenzado la crueldad oficial.

La violencia la pinta en sus novelas o en sus cuentos. Por cierto, rememora cómo las prostitutas también pagaban su oficio con crueldades sin cuento. Eran castigos que los humanos imponían en nombre de fuerzas espirituales. Lo más grave de ese sistema implacable, fue que rompió los resortes morales. La patria no ha podido volver a recobrar su camino de serena grandeza. Como consecuencia inmediata, vino la ausencia de educación -la clausura de escuelas en ciertos municipios porque sus habitantes ni sus hijos vinculados al Mal y la Herejía no debían mejorar sus condiciones personales-. Y, luego, la justicia comenzó a ser itinerante: Los jueces dejaron de ser designados por los tribunales para que pudieran ser escogidos, arbitrariamente, removidos de las comisiones, desplazados sin dejar memoria de los expedientes.

Mejía Vallejo acepta que hay grandes novelas de la violencia y menciona *El Cristo de espaldas*, de Eduardo Caballero Calderón; *La mala hora*, *El Coronel no tiene quien le escriba* de Gabriel García Márquez; *Cóndores no entierran todos los días* de Gustavo Álvarez Gardeazábal; *El día del odio* de J.A. Osorio Lizarazo; *La Calle 10* de Manuel Zapata Olivella. Y una obra tan cenital como *El Gran Burundú Burundá* de Jorge Zalamea.

Entre los poquísimos poetas que él destaca y que escribieron sus poemas conturbados, aparecen Castro Saavedra, Jorge Gaitán Durán, Fernando Charry Lara. Y artistas: Alejandro Obregón, Fernando Botero, Pedro Alcántara y Carlos Granada.

En su novela *El día señalado*, advierte que *lo que escribí fue el rechazo al odio y rescaté lo que humanamente lo trascendía*. Recalca que concibió sus novelas y cuentos porque vivió la violencia. Le tocó padecerla. Es la amarga sombra que cruzaba a Balandú. Vio incendiar la casa de sus amigos. Humillar y luego, asesinar a sus compañeros de coloquio. Ver la persecución implacable contra seres inocentes, inofensivos, que no ejercían ningún poder político, pero mantenían encendida su fe en el



liberalismo. Vio a los *aplanchadores*, con sus peinillas de veinticuatro pulgadas darles a muchos campesinos en los riñones hasta desprendérselos. Lo mismo que hacer huir a los dueños de los establecimientos por su vocación de "herejes". Era un mandato demoníaco el que prevalecía contra una parte de la comunidad colombiana. El novelista lo escribió: *Ser chusmero, guerrillero, luchar contra el gobierno, es estar contra Dios.*

Y luego, la crueldad del desarraigo: No encontrar entonces un pedazo de tierra. Él puntualiza, en forma sintética, lo que quiso contar en aquella novela:

*Cuando escribía El día señalado bregaba porque el odio o el asco no me llenaran. Para que saliera un documento literario y no simplemente político, tuve que mermar con inaudito esfuerzo mucho volumen a la realidad, pues si describía aquellos sucesos me tomarían por alguien de mente enfermiza, así muchos de esos documentos vivieran en la fidelidad de las fotografías: Un grupo de uniformados, rasos y oficiales, jugando fútbol con dos cabezas de guerrilleros; una hilera de quince campesinos totalmente mutilados; el gallo vivo introducido en el vientre de una madre, viva también, porque en el vientre llevaba "la mala semilla".*

## El exilio

Muchos críticos de los hechos sociales y políticos colombianos, consideran -equivocadamente- que lo único que sucedió en la violencia fue una arremetida contra gentes campesinas o de las aldeas. No es cierto. Hay otros hechos, como el aprovechamiento de ella con fines económicos, que aún no se ha examinado. O la utilización negativa de los recursos del crédito para paralizar inversiones en sectores productivos. O la acción contra los profesionales sin distinción de oficio: Abogados, médicos, ingenieros, profesores de universidades. O la orientación de los avisos para detener la circulación de periódicos y revistas que pudieran expresar un

pensamiento lejano a la monstruosidad de lo que acontecía. Al hecho mismo, no podían referirse porque existía una rígida censura de prensa. El exilio de políticos, escritores, periodistas, fue otra forma de la misma aberración.

Precisamente Manuel Mejía Vallejo tuvo que sufrir el éxodo, siendo sólo un intelectual, sin beligerancia de bandera. Él manifiesta: *Sali para Venezuela, huyendo, boleteado.* Por cierto, después de haber sido destituido de la dirección de la Imprenta Departamental. El *boleteo* era una forma de aterrar; despertar, temor interior; conducir al miedo físico de un suceso macabro. La boleta llegaba con los signos de la muerte. Se repartía con sigilo para amedrentar más. Luego, viajó por Centroamérica. Logró sobrevivir escribiendo en los diarios, editoriales, notas, crónicas. Algunas de éstas las utilizó, más tarde, para contar las formas turguriales que estaban apareciendo en las ciudades, como otra modalidad de la vida que tenían que adoptar los desplazados. De suerte que la violencia continuaba produciendo más daños colectivos, congestionando las ciudades, sin que éstas pudieran dar empleo adecuado, y ayudando a que proliferaran vicios antes desconocidos.

En ambos países, logró ahondar sus intereses literarios. Algunos nombres -entre ellos la amistad firme con Miguel Ángel Asturias, por ejemplo- le dieron nuevas perspectivas para sus obras. Los diálogos amplían su visión interior, enriquecen sus vivencias y, a veces, descubre zonas de fabulación que estaban ocultas.

En *Al pie de la ciudad* vuelve a tomar la voluntad de descripción de Medellín y sus turgurios, de las experiencias que vivió en el exterior. Pero, a pesar de lo importante y significativo que ello sea, la pérdida del arraigo produce unos dolores violentos interiormente: *Iba yo -dice Mejía Vallejo- con un dolor de patria al exilio económico y político.*

## Qué surge de las palabras

Una de las calidades esenciales de la obra de cuentista, novelista y poeta de décimas y cuartetos,

es el uso del lenguaje. Éste le crece en dones de majestad. Su belleza es de plena identidad con la estética de las palabras. Es uno de los escritores que más vigila cada adjetivo. Pero, además, dentro de su obra éste tiene una suntuosidad para describir y calificar. Adquieren cierta connotación plástica porque él mismo, durante varios años, estudió dibujo y cerámica. En su misma casa familiar, también existía esa tendencia: En su madre y una de sus tías llegó a tener cierto renombre. De suerte que cada vocablo crecía en la perspectiva literaria que quería darle. Como tenía el sentido de la tierra, también el color de los frutos, de los zumos y de los aromas, los adobaban. El mundo de la creación se enriquecía con la fiesta mental que para él era el idioma. Por eso su fabular gozaba del arraigo y aliento en la manera como utilizaban en la escritura. Él apelaba al sentido, alcance y dimensión de lo que entraña, revela y mantiene oculto ella. Las elocuciones crecen, proclaman su esplendor y su magia cuando hace presencia un escritor de extraña dimensión, como Mejía Vallejo, que las empuja a su destino final de revelación y de grandeza. Éste es uno de sus encantos por cierto, de la mayor hondura, calidad, relieve y estallido de colores en la sabiduría de su manejo.

Su palabra era plenitud de la vida. Ésta y la muerte, el juego y la dureza del existir. Ellas van inundando su fabular. Lo mismo era en el diálogo: un conversador de iridiscentes giros, nobilísimos y extraños planteamientos, que venían del goce verbal de las expresiones. Él mismo advertía que *muchas vidas van surgiendo de las palabras*. Éstas, su plenitud y la manera de usarlas, le dan identificación. Uno no puede perder la imagen mental de Mejía Vallejo porque de la forma como dice las cosas, como las plantea, como las recrea y las vuelve materia literaria -con cierto fulgor poético- va irrumpiendo el lustre de la construcción de sus frases. No es un deliberado manejo del repertorio. Lo que acontece, es que éste va levantándose con una arrogancia propia, con la fuerza natural que le comunica el creador, y va dejando la huella de sus signos del razonar, del mirar la vida con profundo

deleite, de atormentarse con lo que va oscureciendo los avatares del hombre. Cuando éste se propone incidir en el diálogo, revelar su intimidad, descubrir las zonas oscuras o las que alienta la alegría, el idioma toma esplendor. Porque en él, como escritor, hay un gran respeto por la dignidad de los seres. Entonces, éstos deben expresarse en frases sin desmayos en sus significaciones y alcances. En ellas va la corriente tumultuosa de la existencia. Porque éste es un relator de ésta, sin parquedades. Es un gran narrador y no oculta ninguna de las virtudes o de las flaquezas de sus héroes. Estos se comprometen en aventuras vitales, que hacen crecer la dimensión de su propia proyección humana.

Lo que se relaciona con el idioma en Manuel Mejía Vallejo, tiene una validez excepcional. Por lo cual, es uno de los grandes escritores colombianos de todas las épocas. La riqueza expresiva es singularísima por la abundancia de conceptos, de anuncios, de premoniciones, de intensidad prolongada de los goces o desgarramientos de la vida. Hay en su fabular cierta alegría en los juicios y generosidad de amistad comprensiva para sus personajes, en lo bueno y edificante, lo mismo que en sus desniveles y sus débiles actitudes de rectitud. Esta identificación es impresionante. No hay mezquindad en sus juicios, sino abierta y guiadora comprensión. Su palabra, en lo escrito y en el coloquio, es expresiva. Su maestría consiste en que va diciendo, sin alardes, sentencias, conclusiones, donde se eleva la fuerza del raciocinio, que aparece como algo elemental pero, realmente, está en lo hondo del torbellino existencial. Mejía Vallejo plantea una interrelación:

*Yo preguntaría qué diablos es lo que llaman lenguaje. No es una deliberación caprichosa, no es un improvisar bautizos. Para descubrir un mundo hay que buscarle la palabra exacta, y para que una cosa nazca, hay que llamarla como merece ser llamada. Alguna gente cree que el lenguaje es una pureza retórica, un tic de preceptiva, o un prurito de originalidad, como tantos tienen ahora. Yo creo con Borges, que*

*cuando se sabe cómo habla una persona, se descubre cómo es su alma.*

Y más adelante añade:

*...El lenguaje tiene que nombrar un valor auténtico, esencial que viene atrás y desde atrás lo acompaña.*

Mejía Vallejo escribió en Antioquia. En esta comarca, hay una unidad lingüística. Su propio encerramiento entre montañas durante tantos años, favoreció una conservación del idioma. Se ha notado que por allí se escuchan voces arcaicas que denuncian una procedencia antiquísima. Lo mismo que es región en la cual prevalece una manera de calificar directamente, sin circunloquios. No se evita decir la verdad. No implica que no haya actitud para las elucubraciones, pero se sitúan en la búsqueda de la verdad y en la exploración y denuncia de la realidad. En nuestro novelista, cada obra tiene su propia y cardinal manera de referirse al asunto. Por ello algunos críticos han observado que en *Aire de tango*, el personaje central es el lenguaje. Es cierto, y tiene además, su hechizo de encantamiento de la bohemia, del filo de la media noche, de las puticas confidentes, de los azarosos hombres del valor sonámbulos, del amanecer, del despecho y de la angustia existenciales.

Pero acerca de esta novela, el autor cuenta de dónde llega el abigarrado prodigio de sus personajes. El padre Luis Marino Troncoso advierte:

*En Aire de Tango el lenguaje del pueblo es retomado desde su propio interior y con él se estructura la totalidad del discurso que corresponde al narrador que es producto de una transformación verbal. No hay una modificación en relación con el habla popular de su primera novela sino una ordenación de nuevos elementos que han brotado a causa de un cambio social. El monólogo de Ernesto es una recreación literaria del decir antioqueño, del hablante popular antioqueño al cual se le sobreponen préstamos*

*del lunfardo argentino asimilados profundamente en Medellín, en el antiguo barrio Guayaquil, a través del tango. En esta obra el habla no es tomada como un añadido frente a un lenguaje escrito sino más bien como unión entre el lenguaje hablado y escrito con el deseo de reflejar una percepción de la realidad en que se vive. Evidentemente, esta nueva utilización del lenguaje está en íntima relación con un nuevo tipo de narrador ya preanunciado en La tierra éramos nosotros. Solamente que allá, los personajes en su mundo de recuerdos, se apropiaban del lenguaje del autor. Ellos no eran totalmente libres como si lo son en Aire de tango.*

Es tan trascendental y tan dramático el discurrir de muchos de los autores, que las expresiones no logran revelar la dimensión de su tragedia. Ellas inclusive conducen al sortilegio, lo crean y lo proyectan. El ser siente que ellos lo iluminan y, a la vez, le permiten persistir en sus creencias, en sus repulsas, en lo que sueña. Pero lo verdaderamente revelador es que detrás de cada vocablo, que sirve de fachada para la identificación, hay una dimensión que no alcanzamos a percibir de inmediato. Por ello tal vez sea claro el alcance de su declaración: *Pobres palabras que tratan de explicar la agonía del hombre.*

### Tradición oral popular

Para crear la obra que ha publicado Manuel Mejía Vallejo se demanda creer en la gente, en sus ideas, e inclusive, en sus desviaciones, las que, centralmente, han dirigido sus actitudes ante el mundo. Este escritor las acepta como aparecen, sin calificarlas ni disminuirlas, desafiando al universo. Ningún antioqueño se enfrenta a una breve o minúscula inquietud. Él arranca para estar de contraparte del resto del mundo. Por ello los intérpretes son de tanta y explícita personalidad. No se ocultan por cálculo, por cobardía o por timidez, al contrario, irrumpen con la alegría de estar en el orbe abierto, contrariándolo si no les ofrece

identidad. O proponiendo mutaciones, si lo considera inválido ante lo que su temple le indica como postura social. Parte de la integración cultural de Antioquia, se ha logrado conversando. En el diálogo familiar, al pie del fogón se han reunido los campesinos y allí se han escuchado los relatos más fantásticos. Parte de las leyendas que se oyen y se reparten, allá tuvieron origen. Los coloquios en la calle, en los mercados, en las tiendas, en las cantinas, en las ferias, son de una espectacular riqueza. Además, muchas veces son teatrales por la forma como manejan el cuerpo, los gestos, la manera como accionan y administran sus manos para convencer. Esa ha sido fuente de riquísima expansión de los afanes del hombre. Hay una dramaticidad natural para despertar interés en lo que se relata.

La tradición oral popular, el mismo Mejía Vallejo la encomia. Él cuenta que, en la hacienda de su padre, los labradores ejercían el oficio de saineteros. Escribían, en forma primitiva sus relatos y los iban repitiendo como si fueran clásicas formas de teatro. Pero además, rezaban en verso. Los dramas eran en estrofas y los proyectaban con ademanes que atraían el interés de quien escuchaba. Desataban sus fuerzas orales, las cuales acompañaban con mímica de asombrosos recursos. Las ficciones populares entrelazaban lo real con lo sobrenatural. Él menciona que el cuento *Sebastián de las Gracias* se recitaba en ciento veinte coplas. Iban entonces, asomando el amor, la pena, el júbilo, la soledad. Esto se cumplía como ritual en las casas o en las cocinas de las haciendas. Volvían a repetirse, magistralmente, en los fines de año, cuando las familias se congregaban para pasar sus vacaciones. Los copleros en las tiendas, iban dejando caer sus advertencias desoladas, sus sugestivas y pimentosas suertes del amor, o sus patrañas desesperadas, como también el anuncio y descripción de las venturas del hallazgo de la riqueza -la mina matera, la guaca indígena, el entierro millonario- o cómo el devaneo sexual crecía, desafiando asechanzas, celos, o los odios familiares. En una época, vencer las resistencias políticas -por pertenecer los novios a estirpes diferentes en los partidos- también fue

motivo de epopeyas increíbles. El resplandor del amor pasaba, iluminando.

Ésta, pues, fue parte de la preparación comunitaria que, sin deliberación, fue recibiendo Mejía Vallejo para sus futuras ficciones y cantos. Es integrante de la imaginería campesina, que es un capítulo de la cultura oral, aún no explorada suficientemente como expresión y aporte a una mayor, pues aún imperan los prejuicios de élite.

### Balandú

El singular, valioso y admirable fabulista que comentamos, siempre ha sostenido, como lo repiten quienes se han preocupado de señalar sus orígenes culturales, que su aliento viene de sus primeros años. Que allí se encuentra la raíz de la memoria creadora. Que ésta se fue ampliando, enriqueciendo y expandiendo. Ella fue creciendo en cuanto el escritor tuvo capacidades de ennoblecirla y expandirla. Cada día tendría una nueva fosforescencia. El reconstruir esa zona, es excitante y va apareciendo lentamente en el recuerdo: Es situar las fuentes de la comprensión y de la conducta del hombre. Manuel Mejía Vallejo ha bautizado con el nombre *Balandú*, la comarca que recrea con más aliento emocional en su obra. Es su lugar de origen y algunos otros por donde deambuló, rodeados de fuerzas ancestrales, de sombras amables en el amor idealista y en las suertes pendencieras de la cantina y del sexo, en rememoración de las preocupaciones que iban retorciendo la vida.

Balandú como el Macondo de García Márquez, es territorio propio, individualizado, con gestas y con gestos idealistas, con sentimientos desgarrados y con pespuntos de euforia, por donde pasa el alma de sus actores. Balandú es una versión personalísima de los ambientes más entrañables. Es su pueblo de nacimiento y además concentra y sintetiza las calidades de una extensa, bella y singular región del país, como es el suroeste antioqueño. Allí se manifiestan creadores, fundadores, familias de largas devociones a sus oficios, mujeres de belleza que prolongan, en el

recuerdo, las gracias rítmicas de sus cuerpos y de sus rostros, con el aire de aventura que solaza y que contagia. La inteligencia perspicaz ha sido atributo generalizado. La estampa de los hombres alcanza cierta relevancia facial de noble contenido que se expande en el reparto de cualidades de la raza. Merecía tener un nombre que lo prolongara en la saga recreadora: En la novelística, los cuentos, la poesía de este alto clarividente continental. Balandú es un nombre unido ya al prodigio de la vida lúcida de Indoamérica. Los lectores de Mejía Vallejo, lo repetimos con unción.

Desde luego, el centro de ese bautizo se confunde con el jardín que es un pueblo hermosísimo, al cual los turistas de sensibilidad le dedican horas de examen y de estudio. Hay una multitud de aspectos -el ambiente, la magnificencia de las flores, los árboles de suntuosos susurros en sus hojas, la arquitectura, el parque, la iglesia, el paso de sus bellísimas y encantadoras mujeres, que lo singularizan y relevan. Goza del privilegio de ser un medio culto y donde no hay persona que no cante. Unen los datos de la erudición que se han ido acumulando con el paso de los días en familias de largas tradiciones, que han escuchado fantasías, apartes de la historia, gloriosas epopeyas, versos de amor y de desolación. Es decir, lo que va modelando la sensibilidad vigilante. Las canciones se levantan en voces de sugerentes ritmos. El autor lo dice: *Me crié donde se narraba*. Es decir, él identifica una de las fuentes de su percepción. Los cuentos populares estaban allí, aflorando, en medio de los más asombrosos días de la vida. Él mismo manifiesta que una de sus suertes, es haberse empeñado en rehacer la aldea, el pueblo entrañable, los pobladores de su imaginación.

Jardín fue centro y sitio de una maravillosa colonización. Allí se repiten los nombres de muchos seres -hombres y mujeres- de rancias y deslumbrantes aventuras. Llevaban un signo de *virilidad en el alma... engendrados por la montaña y la poesía*. Tenían pues, acentos mitológicos. Por ello en su novelar, hay descripciones que nos someten a su sugestiva y, a veces, trágica presencia.

Pasan la montaña, la noche, los robles, los pichacos, el viento, lo que traen el Diablo y sus asechanzas, las brujas, los seres sobrenaturales, los tiples, las guitarras, los arrieros y sus aventuras en el camino. Rememora a Magdalena Ruiz, quien fue la primera mujer liberada, y andaba con los serenateros, de finca en finca, despertando el estallido del amor en corazones adolescentes. Cantaban y encantaban con los más encendidos poemas de ilusión y de despecho. Encendían las luces del sueño y de la esperanza y referían las desgracias que abatían el corazón de hombres y mujeres. El mundo, entonces, se reducía a esas voces melódicas que estremecían almas y despertaban sentimientos para la grandeza del espíritu o del abatimiento humano.

No pudo alejar de sí Mejía Vallejo la imagen de *Balandú*, abandonado por la violencia. En su novela *El mundo sigue andando*, queda el registro de esa maldición nacional.

En su hazaña intelectual, él recuerda que entran las más extrañas y ricas criaturas. Con la variedad con la cual él compartió parte de sus denuedos humanos: Somos un pueblo extraño y al lado del santo sigue el bandido y el pícaro anda con el honesto. Termina declarando algo muy hermoso que sintetiza parte de lo que es ese caminar entre seres tan diversos: Somos un retazo de la humanidad.

Para que a nadie le queden dudas, él mismo nos ha contado que de los cuatro a los diez años, le tocó vivir en la hacienda paterna donde se confundía lo inocente con lo azaroso y lo dramático. Las cañadas encuevadas y misteriosas; el río hondo, caudaloso, cuyo cauce rompía montañas e iba proclamando la dureza de su trasegar líquido. Los espantos, las almas solas, las supersticiones, el mismo acento que adquiriría la religión entre Dios y el Diablo, las patrañas que crecían en la imaginación de los hombres y de las mujeres que se sentían inválidos frente a una naturaleza que desataba sus cargas terroríficas. Es cuando él evoca a Rogelia que era la gran narradora y protagonista de su primera novela *La tierra éramos nosotros*. Rememora que vivió en un ambiente abrupto, oscuro, desolado: Los mitos de por allá, eran enemigos del hombre.

## Variedad de personajes

Necesitaríamos un estudio especial para señalar los diferentes y riquísimos personajes que pasan por los cuentos, las coplas, las décimas, los ensayos y las novelas de Manuel Mejía Vallejo. Esa es labor necesarísima que demanda paciente inteligencia para clasificar, destacar, hallar las identidades interiores, los rasgos que van apareciendo como peculiares, los temperamentos unidos por rachas de alegrías o desesperanzas. El mundo está en sus páginas, de una parte, con su complejidad y la fuerza primitiva y, de otra, elaborada y recursiva. Aparecen expresiones elementales y algunas, con una fuerza grande, que han alimentado en medio de razonamientos, ideologías, pasiones estéticas. Es un abigarrado registro de caracteres. Los que entrega la existencia.

El fabulador no eludió ésta. Nosotros, en estas líneas, solo mencionaremos algunos. Hallamos varios desesperanzados, mientras hay quienes cantan a las formas vivísimas del amor, del goce, de la pasión y del entresueño. Es la carga emocional que deja caminar el paso de los días. Ya se anotó por un crítico tan calificado y escritor, Augusto Escobar Mesa, que parte de su obra es lo que quedó en su memoria. No son arzones folclóricos, de tipo regional, encasilladas en sus propias limitaciones. Nó. De ninguna manera. Sería alinderar caprichosamente la proyección y calidad de su mensaje. Porque por sus volúmenes pasa un *hombre universal: Universal en el olvido, la memoria y la muerte*. Con gran intensidad en el resplandor de sus acciones. No están éstas detenidas, ni al margen de la provincia, ni ceñidas a un modelo de modestísimos registros sociales o humanos. Al contrario, van emergiendo con su poderosa entidad. Es un escritor que evita que lo atrape la limitada irradiación de su caminar en el mundo. Al contrario, su visión no tiene límites y la prueba es que penetra en profundidad en el examen del espíritu, del alma y de la inteligencia de sus recreaciones. Se resiste ante situaciones irremediables. Porque el hombre siente que desaparecerá y, entonces, se repliega

sobre sí, su soledad, su minúscula muerte. Esto lo advertimos leyendo *La tierra éramos nosotros o Sombras contra el muro*.

Él cuenta cómo descubrió la malicia, que es ingrediente en algunos de sus capítulos y, considera que su origen es indígena. Viene de una suerte de defensa que tuvo que inventarse para sustraerse a las durezas españolas. Con ella evitaban decir la totalidad de su pensamiento; ocultaban las intenciones de sus luchas; soslayaban el afán de someter sus vidas y que las condujeran con reglas que no aceptaban. La tesis de Mejía Vallejo es válida: Esa sagacidad ha salvado a los pueblos indoamericanos. Rememora que estudió en una escuela rural donde los más complicados actos del existir y del morir eran naturalísimos. Nunca existió misterio que recortara la intensidad de los actos. Cuando va al pueblo, descubre la crueldad, la "astucia". Así va integrando la totalidad de los valores del universo.

Hace especialísima mención de los arrieros y de lo que entraña su menester. Omar Morales Benítez escribió un libro, *La gesta de la arriería*, en donde puntualiza los caracteres del oficio y de quienes lo desempeñaban. Además, cómo fue su admirable aventura integradora del país. Sin aquella no nos podríamos explicar cómo creció la república, cómo expandió su diversidad económica, cómo logró un fortalecimiento del comercio. Sin su colaboración no habría existido la minería; el prodigioso crecimiento del café y su presencia internacional, ni se hubiera cumplido la colonización; ni nuestras industrias habrían llegado a constituir base sólida del fortalecimiento del capital nacional. Ejerciendo su mandato se formaron grandes fortunas, que aún siguen gravitando sobre la vida económica colombiana. Sus principales actores, luego pasaron a manejar muchos resortes de nuestro desarrollo. Otros, lograron, en el exterior, administrar fuerzas expansivas que revelaban la resolución de dominio empresarial de gentes que descubrieron sus fortalezas y acentuaron sus caracteres, por nuestros primitivos caminos, detrás de sus recuas.

Pero el arriero, además, era el correo del amor, el que llevaba las noticias de la política y de las transacciones. En sus manos ningún papel - ni el que convocaba a la pasión, ni el de los valores bursátiles, ni el de la llamada doctrinaria- se extraviaba. Eran la honradez espléndida sin alardes. Su ejercicio también los llevaba a la aventura, el tiple compañero, las mozas de las fondas, el rapto de la más hermosa de la venta caminera, el canto desesperado al atardecer, después de la faena. A mí, personalmente, me tocó escuchar los más fascinantes relatos de estos seres que tenían casi categoría mitológica. Sin ellos, el país no existiría con el sentido de integración que le dieron.

Pues bien: Era el arriero un hombre universal. Tenía las calidades más amplias para extender sus antenas vigilantes sobre el mundo. Estos singulares seres transitan por la obra de Mejía Vallejo. El novelista describe las grandes recuas de las mulas y ha recogido lo que contaban con picardía, en alevosías de crudeza y, a veces, con cercanía a la muerte. Recordemos que en *La tierra éramos nosotros*, las peleas del Pinto, siguen recreando en los lectores el resplandor de lo legendario. Por ello, muchos de los caracteres de ese fabular, son recursivos, imaginativos y extraños.

Desde luego, Mejía Vallejo no sólo apela a quienes descendían de estos afanes que se entrelazaban con la economía de la patria. Porque también en su obra ubica otros hombres: Con una cultura, que obedece a convicciones, con una conducta y con una postura ética. Además, que están interrogándose, permanentemente, por qué vivir y para qué hacerlo. Es tema complejísimo que se refiere a las más profundas demandas de claridad sobre el transcurso humano. De otra parte, como existe una rebeldía cultural en el medio, que es una manera de defenderse de los fanatismos limitantes, abren las deliberaciones en su novelar.

Tiene otra virtud su mensaje. En éste, las mujeres ocupan un rango de la mayor importancia. Ellas aparecen como las mejores narradoras, empleando lenguaje de gran sabiduría. Las categorías de la existencia, las enuncian muy claras.

Allí están descritos estos seres excepcionales con las más diversas jerarquías: De fina estirpe, asistidas de dinero y con belleza reluciente. Además, vienen de una tradición muy honda y no dejan sueltos sus deberes: Los morales, en los cuales son muy exigentes; los sociales, donde la solidaridad aparece con caracteres luminosos; en los afanes económicos, prendidas con ardor a los empeños de lucha con amplio desnudo; en vocación de ardencia para pelear el amor -su amor- y no dejarlo doblegar.

Hay campesinas que tienen el mismo desnudo que el compañero: En la demanda de esfuerzos para vivir, levantar la familia, consolidar un modesto pasar. Se comparte cada hora. Hay unas aventureras, que no temen ni a los desafíos de la noche, ni a las bohémias ni hechicerías, ni detienen su coraje para enfrentar las más variadas situaciones del medio. Otras que Mejía Vallejo las describe con cierta inclinación a la ternura que son las "puticas" - algunas tienen nombres legendarios como La Zarca, Chelito Leucemia, tantas otras más- y las cuales aparecen compartiendo tantas horas de amor sensual y de cariño entrañable, cuando la vida las libra, momentáneamente de la soledad.

La inteligencia de estos diferentes tipos femeninos, dejan sus destellos en el diálogo. Sin olvidar que hay una belleza que circunda el aura de su raza. Pasan siempre en actitud que trasciende. Siempre inspiradoras, soldaderas y aliadas. No tienen desfallecimientos en sus horas de proyectar la defensa de lo que consideran primordial. Entre éstos la familia y así se van encontrando razones para explicar su integración. Ni tampoco se dejan apabullar entre los vientos adversos. Hay un permanente aire de luchadoras. La mujer antioqueña obedece a requerimientos de heroísmo. Que se vuelven evidencia en su persistir para defender lo hondo y trascendental de la existencia. Ella, en parte esencialísima, ha ayudado a armar el destino de su pueblo, de su hombre, de sus hijos, de la patria. Tienen el timbre de grandeza natural para cada uno de sus actos.

Claire Lew, en un ensayo que ganó el primer premio en una convocatoria que hizo la *Corporación*

*Fomento de la Música*, escribe con conocimiento:

*Manuel Mejía Vallejo ha construido su obra con paciencia, trabajo y sangre. Los Antepasados estarían orgullosos. No solamente los de su tierra, los del continente, el Guarani, el Azteca, el Inca, el Maya, el Esquimal, el Pielroja. Es también la memoria del suroeste de Antioquia, de una época histórica de Colombia, de sus escritores y artistas, de la gente que no tiene voz y a quien se la presta. Es la sensibilidad, la expresión popular, la cercanía a todos nosotros, la calidez, la generosidad de su palabra. La experiencia, la sabiduría. No todos los caminos han sido recorridos, faltan algunos, los de sus obras inéditas que revisa con el cuidado de siempre, con entusiasmo y humildad, en compañía de su hermana Luz Mejía. Algunos libros nunca cierran un ciclo, abren paso a textos anteriores y como niños que un hombre mayor toma de la mano regresamos al pasado.*

### El paisaje antioqueño

Desde luego, al escribir tiene que referirse a su entorno. Ya hemos visto cómo ha influido en su vida de escritor. Pero lo esencial no es lo que tiene una limitante, como fuerza de explosión folclórica del ambiente. No tiene ese alcance y dimensión. Para Mejía Vallejo lo que lo preocupa e impulsa es el factor trascendente de la naturaleza. De qué manera, ésta ejerce un dominio sobre el hombre.

El hecho de que declare que *nada más bello que el paisaje antioqueño* y que proclame que *es increíble y azaroso*, no está limitando su irradiación y su impronta sobre los caracteres de sus muñecos. Lo que lo inquieta, es hallarla *como un alargamiento del hombre*. Esto implica tener unas valoraciones más patéticas, pues camina sobre más amplios escenarios en que se confunden hechos externos e inmediatos con preocupaciones del alma. Sabe que el campesino, por ejemplo, vuelca su angustia sobre la tierra. Pero también acepta que la naturaleza es más importante que el hombre. Reflejar esas

dicotomías, demanda una visión universal de ésta y el ambiente sobre el cual primó su existencia.

### El guapismo

En sus fabulaciones, prima, de pronto, el acento del guapo. Éste es un macho a la más alta potencia. Actúa sin temor a ninguna de las reglas de la comunidad. Las contradice e impulsa su fuerza hacia actos temerarios. El mundo que lo rodea lo vuelve centro de un espectáculo donde la tragedia tendrá primacía. No lo detiene ninguna de las órdenes humanas ni legales. Cuando levanta su espíritu arisco, hay un estremecimiento colectivo. Es el desafío, se vuelve símbolo de una valentía que no puede mirarse con indiferencia. En su novela, *La tierra éramos nosotros*, hay héroes y antihéroes, que expanden la más compleja condición. Muchos de ellos, eran los amigos o los conocidos del escritor. Eran peleadores, valientes, algunos con la cara señalada. Sus nombres son Justo Molina, Quiceno, el Mono Osorio, Marcos Marulanda, el Cojo Suárez, Pedro Alcaraz. Cada uno con una destacada individualidad. Sus hazañas las cuenta evocando su espectacularidad, pues algunos de ellos se enfrentaban al pueblo entero o desafiaban la policía.

Quienes somos provincianos, conocemos lo que ello implicaba como delirante lance y como episodio de grandeza en el resplandor del ojo, la rapidez de los movimientos, la extrañísima crueldad que encendía la sangre de estos combatientes locales. Una franja de luz heroica cruzaba en medio de esas horas de terror. Era la estampa de la varonía, que sólo doblegaba la muerte.

Es muy difícil señalar qué motivaciones o fuerzas mueven sus actos: ¿Desprecio a la vida?; ¿protesta contra el orden que se impone?; ¿repudio a sus semejantes?; ¿desequilibrio interior que lo lleva a buscar la muerte? Nunca se ha hecho un estudio científico que nos dé una respuesta. El hecho es que sus actos son superiores a las fuerzas que ordenan las relaciones entre los seres. *El guapo se juega a muerte las cosas... es un estado del alma... es un héroe de la realidad violenta del pueblo.*



## Dos calidades: El diálogo y los reportajes

Para entender a cabalidad la fuerza espiritual de Manuel Mejía Vallejo, se requiere que apreciemos dos condiciones particulares de su inteligencia: El diálogo entre amigos o en conferencias donde surgen las preguntas espontáneas. Y otra modalidad de una amplia dimensión: Sus reportajes. En ambos momentos, se desenvolvía con dos características bien relevantes: La primera, parecía tener abiertas sus antenas para que le penetrara el sentido último del interrogatorio que se le formulaba a él, en su propio fuero mental, le daba un mayor alcance, categoría. En segundo lugar había una primacía de lo que se sabía con hondura y se interrelacionaba con lo intuitivo. Era cuando la palabra se encendía en revelaciones. No podrá estudiarse su obra, sin repasar esos textos.

Ellos, además, contienen riqueza de apreciaciones, juicios, señales, y se abren a mil posibilidades para entender su mensaje y las fuerzas que lo impulsaron en la escritura. Las ciencias e ideas cardinales que avivan su cosmos de escritor, están allí resumiendo su erudición y las intuiciones. Era tal su viveza y su afán de comunicación, que tanto la conversación de intimidad o su carga de conceptos en el reportaje, se volvía un poco confidencial, y, a la vez, proyección de una fuerza íntima, que es la que, finalmente, ha gobernado su proyección de creador. Él, como antioqueño, era hombre de fe. ¿Qué tipo de creencia?. Una honda y fiel a la existencia. A lo que ésta tiene de mensaje en belleza, en desgarramiento, en dolor, en esperanza. Ello dando vueltas sobre sus ficciones. Que van diciendo su verdad. Pero Mejía Vallejo les descubre el sentido último de sus valores cuando va contando las peripecias de su fabular.

Ni la conversación era el simple y desmadejado dialogar que ejercemos cotidianamente. En él, había una vigilancia formal en las palabras y en los juicios. No era algo predeterminado: Era fuerza espontánea, surgía avasalladoramente, no tenía que hacer ningún esfuerzo didáctico. En sus reportajes, también reluce la hondura. La manera de explicar, de presentar sus

tesis, de exponer sus diferentes planteamientos frente al mundo, sus circunstancias y el carácter de sus personalidades, tienen una originalidad en la forma de expresarse. Hay riqueza idiomática, fuerza comunicativa de sus juicios, reciedumbre en sus ideas, posibilidad de acercarse, casi con acento de misterio, a lo que lo inquieta en su escritura.

Un aire poético, recorría sus palabras. Las frases salían con una fresca atmósfera de recreación. Una plasticidad decorativa les daba relieve. Una magia comunicativa, les facilitaba penetrar en mil vericuetos del alma y de la cultura. El mundo pasional, aparecía con su fuerza. No se economizaba en dejar bien sentados sus pensamientos. Hay una permanente penetración en lo recóndito de la riqueza de sus asuntos. Se advierte que en él primen el respeto, la admiración y la profundidad para situar el encanto de la palabra. Esta actitud, es fuertemente aclaradora.

## Qué representan sus libros

En sus libros dejaba mucho de sí mismo. El advirtió que escribía *por un lejano instinto de conservación... (consagró) seres y cosas que atestiguaron mi camino de hombre... es rastro de lo que dejo... el gran accidente de la vida*. Se precipitaba su concepto del mundo, que estaba apegado a las realidades que había vivido. En él no prima sólo lo popular. Aparece lo universal, lo hondo, lo dramático, lo que espiritualmente levanta la existencia a planos superiores. La profundidad viene de esas raíces, que su inteligencia, apoyado en su erudición de profesor y de lector, va transformando en mensaje: *tan sólo escribí lo que llevaba dentro, pero, por cierto, como el sol*. Ya hay dos elementos en esta declaración: Lo que le permitía avanzar, penetrar, deducir y revelar era lo que, en su mundo espiritual, tenía un orden estético y humano. Y que, además, expandía una resplandeciente claridad que él estudiaba mucho: *Los libros son una prolongación de la vida misma*. Porque en ellos aparece lo inmediato y lo que anda perdido en la sub-realidad. No hay improvisación,

ni simple devaneo mental. Hay rigor y exigencia. Se le encontraba corrigiendo la escritura de sus textos múltiples veces. Era una apasionada y fiel constancia.

Para escribir *Los hombres de cara blanca* (Que despierten los sueños), pasó muchos años consultando, estudiando, confrontando datos, viajando a los lugares donde existían fuerzas míticas o los razonamientos ancestrales mantenían vigencia. Ello lo cumplía con un rigor de investigador. En esa edición aparecen los pensamientos de nuestros antepasados, las mitologías, las teogonías, las leyendas, su filosofía, sus vocaciones religiosas, su poesía, su vida cotidiana. *Es la biografía de unas conciencias*, dijo bella y profundamente. Cuando avanzaba en ese estudio meticuloso, con rigor de maestro, pudo declarar que *los indios inventaron el surrealismo antes que André Bretón*.

El mensaje que nos queda, es el brillo de una inteligencia superior con sutil manejo de las proyecciones de lo que ideaba para situar la categoría de los seres en el mundo. Plasma también lo que queda como revelación del arte, de la sabia escritura, de la música, de la pasión íntima por la palabra.

En *Al pie de la ciudad*, destaca una serie de situaciones sociales. Pero advirtiendo, con claridad, que la literatura no está para ser correctivo de los males de la colectividad. Presenta los problemas para que se estudien y exploren después y se tomen medidas por los estadistas. Pero el escritor, no debe tener la pretensión de querer cambiar al hombre. Aquel, no es guerrillero de los asuntos que incumben a la comunidad, al estado, a los partidos. Las denuncias que aparecen en sus páginas pueden crear un clima para buscar soluciones.

### Cómo es su novelar

El rigor con el cual escribía su obra, no le permitía ligerezas. Estaba centrado en su mundo espiritual, trabajando aquella con decisión. Con profundo anhelo de claridad. Temeroso de cometer cualquier ligereza que dejara desdibujada una personalidad o

sin suficientes perfiles de claridad cada hecho. Era lo que le imponía su responsabilidad intelectual. Se le observa tenso porque en su novelar hay un frenesí en lo que quiere decir y en la forma como lo expresará. Revelaba tesis y una perspicaz sensibilidad, que recogen el sentimiento humano. Esto acontece en sus novelas y en sus cuentos. Sus décimas y sus cuartetos, son parte de ese volcarse sobre el universo que rodea al hombre y sus devociones y aprehensiones. Uno de sus personajes, señaló cómo era el oficio: *Si no hay lucidez, olvídate*. Desde luego, el autor debe poseer audacia. Tener el pulso firme para aventurarse en ese amplio mar de dudas y creencias que es el ser frente a la realidad.

*La Tarde de verano* es una novela de amor desgarrado, donde hay unos protagonistas pintorescos. Son dimensiones de otros muñecos ya descritos en otras atmósferas de terror, incertidumbres, dolores y abatimientos, lo mismo que de euforias y de emociones que caían en cascadas de adjetivos y de acciones de entusiasmo cordial. Mientras que en *Las noches de vigilia* -que son una serie de cuentos- va entretejiendo el sueño y el entresueño. Allí la capacidad imaginativa avanza, invadiendo. Es el ser despierto, donde lo mágico, lo onírico, lo metafísico dimana de la *cotidianidad trascendida*.

Es muy revelador cómo se forma el mundo interrelacionado de su obra. Cómo ésta avanza, puntualizando muchas condiciones en varios planos. En sus novelas, hay seres aldeanos, que van narrando de sus padres y de sus abuelos. Se destaca este rico fluir de una existencia, que se ha dejado muy al margen. Mejía Vallejo las rescata, las proyecta y, deliberadamente, las lleva a los primeros planos del diálogo, para que irradian sus personalidades. Él, las recupera como lo que son: densas humanidades.

Las ciudades apenas principiaban a fortalecerse. En el caso de Mejía Vallejo la luminosa Medellín. Pero éstas, además, estaban integrándose con gentes de los pueblos y del campo. Unos, que llegaban a buscar nuevas suertes, y, otros, que venían huyendo del furor de la violencia, ejercida con tanto denuedo por el ejército y la policía. Pero hay, en

sus descripciones, tipos clásicamente urbanos. Su nacimiento, su evolución, su conducta, su indumentaria externa, su mentalidad y sus fuerzas íntimas, tiene otras calidades bien peculiares y estructurales. Entonces, hay una insistencia en sus observaciones en relevar la calidad del ser provinciano.

Una de las fuentes de claro imperio de su inteligencia, es que cada historia no puede ser igualmente contada. Eso llevaría a la melancolía. A que la fabulación perdiera ímpetu, decisión, fuerza personal. No queda duda de que, en sus novelas y cuentos, lo que se impone es el trazo de lo hominal, sin el *escándalo del día*. Es decir, sin lo circunstancial. Cuando el tema, llega a la diligencia mental de Mejía Vallejo ya es hueso duro de la realidad, del sueño roto, de la alegría que prudentemente vigila el contraste con los demás rigores del existir. Desde luego, él considera que el manifiesto ideológico es muy importante para conducir la vida de las comunidades. Pero que no debe ir en la novela. Sin que esto quiera decir que se abandone la suerte doctrinaria, que guía la mente de los hombres.

El novelista va en la rueda de su tiempo y, como ímpetu natural, aparecen los problemas. Si el escritor puede ayudar a la transformación de tantas oscuras suertes, sin cartel, hay que celebrarlo. Sin que sea posible eludir la novela testimonio, que refleja la miseria, la marginalidad, las fuerzas turguriales, los desequilibrios de la injusticia económica, pero sin que esto conduzca a abandonar la obligación de hacer constantes homenajes a la belleza literaria. Ésta permite inmiscuirse en los rasgos más trágicos, sin que se pierda el sentido estético de la prosa. El compromiso -lo advierte Mejía Vallejo- del escritor, es escribir bien, buscando la sublimación literaria. Si se pierde este norte, se está realizando obra menor. Aquello es lo que ha pretendido invariablemente en sus libros.

En *La casa de las dos palmas*, él mismo ha dicho que es *la experiencia de toda una vida literaria*. Busca belleza singular en su escritura y dimensiones hondas en el río de reflexiones que se

acumulan en las actitudes y en los diálogos. Es un retorno al campo y al pueblo. *Balandú* vuelve a ser el eje de esa creación deslumbrante. Él mismo ha señalado que es *un poco mi padre, mi abuelo, mi tío y yo entre los protagonistas. Pinto mi infancia, la de mis hermanos, los peones, los arrieros. La adolescente de la cual me enamoré con el sentimiento de la eternidad. La ciega Zoraida de tantas connotaciones en el vivir. De hechos que se van volviendo hondura en el caminar de la vida*. Desde luego hay una trascendental invocación de los muertos que viven en su memoria. Como *Los invocados*, que es la última novela que de él se ha publicado es una convocatoria a sus más extraños y singulares personajes. Es una invención novelística que no tiene antecedentes. Es, realmente, la presencia de la madurez. Es una proyección de los diferentes mundos que él manejó. Nada de fuerzas folcloristas menguadas. Es una edición con una trascendencia que avanza sobre los signos universales. Alberto Aguirre, con su gran sentido crítico, con su mente de tan lúcido razonamiento, declaró que en *Los invocados* no hay trazo narrativo tradicional: El mundo no pasa; el mundo es... *Mejía Vallejo logra tocar desnudeces del alma humana*.

### Brevísimas nociones

Es difícil en un repaso que no pretende agotar la materia, hacer definiciones, con los diferentes alcances, en torno a los géneros que ha rozado la obra de Mejía Vallejo. Sabemos que en la novela se pueden formular reflexiones sobre el bien, el mal, la bondad, el odio, la generosidad, la mezquindad, la solidaridad, el desapego, la lucha, la indiferencia, el amor, la poesía. Pero lo que no puede intentar el creador, es calificar a los personajes. El novelista no está para cumplir con este encargo. Ni para que ellos sean sus mensajeros o sus mandaderos de lo que pretende el autor referir, de lo que aspira o piensa. La fábula es para hacer aquéllos y proyectarlos. Debe tener atmósferas verosímiles. El diálogo es algo de lo más difícil y es donde se divulgan varias maestrías: La capacidad de penetrar

en el espíritu de la gente; reproducir, de acuerdo con su posición ante la vida, las palabras que exactamente reflejan su actitud; que se dosifiquen los elementos del drama, de la desesperación, del júbilo, de la ubicación del universo en sus fuerzas de representación empinada o que exprese lo que anda por el mundo de la cotidianidad, la pobreza, el vencimiento, del diálogo -que en Mejía Vallejo adquiere tan alta categoría- se puede proyectar la atmósfera de la novela. Claro que tiene un valor trascendental la descripción y la capacidad de vislumbrar lo que viene ayudando a darle complacencia y dinámica a la vida de sus personajes. Se necesita que éstos gocen de autonomía y en su manera de adelantar el coloquio destelle la riqueza de sus vidas, por humildes que sean. Debe olvidarse el escritor de pretender crear arquetipos, que reflejen su mundo intelectual. Él mismo advirtió que contaba *retazos de vida*. Es indispensable gozar la complacencia de narrar, buscando que la obra salga compacta, dentro del universo cerrado de lo que quiere transmitir. Sin que esto consienta abandonar sus visiones externas.

La novela exige que el escritor sepa pensar y que obedezca a motivaciones culturales. No es sólo que vaya atando pequeños círculos de aventuras. Se necesita que tenga una proyección y ésta no la entrega sino el camino amplio de la reflexión que facilita el estudio. Esta tesis la admitía Mejía Vallejo. Porque por aquélla pasa lo consciente, lo inconsciente, la vida soñada o intuita. Se necesita estudiar mucho cada tema. Él mismo nos recuerda que *La casa de las dos palmas* le obligó a trabajar más de diez años con disciplina, con fervorosa constancia. Él, acentuaba la indicación de que lo que anda entre sus líneas, son partes del mundo que ha vivido, que ha recorrido en diversas aventuras personales. Para que ello cumpla su destino literario, pide que lo asista el sentimiento de la belleza.

Detengámonos en algunas menciones. Que, desde luego, son apenas referencias ligerísimas, pues no se trata de formular crítica literaria sobre las novelas, cuentos, ensayos o poesía de Mejía

Vallejo a que aquí se hacen referencias. Hablando el padre Troncoso de *Aire de tango*, expresa:

*Los personajes de Aire de Tango son aquéllos que han abandonado el campo y los pueblos a causa de la violencia. Ernesto Arango en un largo monólogo nos habla de los tiempos de la violencia, la historia de Lucila, la muerte de José Alviar, el incendio de Rionegro, las luchas de azules y rojos que se ironizan en la pelea de Jairo y Espinosa. Algunos de estos puntos corresponden a la realidad y otros son ficción, pero todos se introducen en el mundo violento de Guayaquil en donde se mezclan los dos grandes períodos de la violencia exaltando a Jorge Eliécer Gaitán y a Camilo Torres. La violencia ya no es lo anecdótico aunque se presenten anécdotas. Es un ambiente, una frustración: El sitio de donde se viene. Ella es percibida como historia: La violencia acabó hasta con el nido de la perra, amigos caídos, pueblos abandonados, difuntos a los despeñaderos y a los ríos, el despepute. ¡Trescientos mil muertos!. Para qué, nadie organizaba la muerte. (A.T. p.148).*

*La sombra de su paso* es un testamento sobre la vida y la muerte, cuyo eje central es una reflexión acerca del amor entre gentes jóvenes. Tuve oportunidad de escucharle relatar, a una bellísima mujer, durante horas, con orgullo, cómo ella era protagonista en esa novela, pues fue la amiga y participó en diálogos de Mejía Vallejo y su amada. Me decía que esa atmósfera que rodea la obra, es la reproducción de muchos momentos estelares en esa relación.

Claudia, que es el personaje de esta novela, también aparece en *Las muertes ajenas* que es otra creación auténtica y entrañable. En ésta vuelve a diseñar mejor los retratos de sus padres. Es protagonista una muchacha que se enamoró de los entierros. El cuento *Los negociantes* -claro que con un tratamiento literario diferente- entró a este fabular. En *El día señalado* algunos críticos dijeron que era un libro con unas peculiares características

de visualidad. Él nos recuerda que allí describe a Otilia, que era gente buena, como ahora se dice. Y así como esta putica es fundamental en este relato, otra es personaje en *Tarde de Verano*, Mejía Vallejo declara que ellas eran *la poesía de la vida*. En *Y el mundo sigue andando*, se encuentra un juego del surrealismo que para él es la fuente creadora del indoamericanismo.

### El cuentista

Una de las mayores aventuras del escritor, es publicar cuentos. Estos exigen una precisión porque no se puede dilapidar el relato, ni extenderse en la descripción, ni avanzar demasiado en explicaciones acerca del carácter del personaje, ni entrar en buceos literarios para precisar cuál es el centro del hecho. Se necesita lucidez, precisión y firmeza mentales. Mejía Vallejo lo logró en forma excepcional. Se vinculó a una suerte mayor. Algunos de éstos, que seguirán existiendo independientemente se manifestaron, con variantes, en parte de algunas de sus novelas, pero sin que se note que hay un injerto o superposición. El tratamiento adquiere unas connotaciones que salvan su contenido dentro de un contexto mayor. Pocos fabuladores logran este mágico ensamble.

Durante mucho tiempo, el cuento centraba el interés en la acción. Hoy la novedad que ha revolucionado su alcance, consiste en la forma como se trate ésta o si hay carencia de ella. De suerte que es una revolución creadora a la cual contribuyó, con especial condición de hombre de letras, Mejía Vallejo. Por ellos, como por sus novelas, pasan los viejos fundadores de Jericó, Támesis, Jardín, Andes. Nunca los abandonan los atributos de belleza y la suave sensualidad de las mujeres nacidas en el suroeste antioqueño, que él señalaba como mártires por el destino y la compañía que les tocó. Pero algunas de éstas, siguen siendo amparo complaciente en la memoria para poder pensar cómo es el prodigio de su irradiación en el recuerdo. Nos asisten como si hubiéramos compartido su mágica compañía.

Siempre, sus cuentos encuentran el lenguaje apropiado. El que debe crear la magia del relato. Teniendo los encantos de la abundancia en el idioma, se detiene en el rigor que demanda esta modalidad literaria. Muchas veces aparece Balandú. Cuando no se le menciona, también se descubren las respuestas y las improntas de la violencia, de los ritmos que toma la industrialización, la pérdida de valores y asoman las preguntas para situar la condición del hombre en el mundo.

No podemos olvidar que Balandú tiene su lenguaje peculiar. Es el reflejo de la magia de la palabra en Mejía Vallejo. Este autor gozó del privilegio de que se le considerara uno de los primeros cuentistas. Los premios internacionales así lo consagraron: Son varios libros en los cuales hay selección de ellos: *Tiempo de sequía*, que, sin ninguna duda, lo convirtió en el narrador más importante del país. *Los cuentos de la zona tórrida*, que se volvieron manual de quienes venían detrás en admiración. *Que despierten sus sueños*, que tienen connotaciones poéticas sobre la relación existente entre Dios y el hombre: Dios sueña y el hombre es otro sueño o pesadilla para el creador. *Luna de tiempo seco*, *Cielo cerrado*, *El hombre vegetal*, *La muerte de Pedro Canales*, que es la historia de un torturado de Somoza, *Al pie de la ciudad*, (con este título apareció inicialmente un cuento. Después se convirtió en una novela), *El día señalado* con el premio internacional Nadal.

Podría pensarse que Mejía Vallejo trabajó estos materiales en búsqueda de horizontes para sus novelas. No es así. Eran obras cabales. Comenzaban y cerraban su ciclo, como debe ser la verdadera historieta. Era sí una búsqueda muy legítima, porque asomaba con las calidades específicas de su personalidad. No se extendía a ninguna fuente de imitación.

En *Las manos en el rostro*, pasan episodios monstruosos de lo que engendró la violencia. Él mismo contó, al referirse a este cuento, parte de ese proceso inquietante:

*En un principio fue el miedo concreto al matón, a la pandilla, al ejército, a los guerrilleros. Pero*

*cuando estas cosas dejaron de ser ellas mismas por haberse multifurcado, el miedo se convirtió en angustia: Era ya el temor ante cosas cuya causa desconocían y cuyo remedio no estaba en sus manos. Al comienzo aquel miedo despertó cierta desesperada vitalidad que se manifestó en la lucha; después el sentimiento de la derrota convirtió el terror en indiferencia hasta llegar al cinismo. Y la violencia que de ahí surgió no fue otra cosa que la extrema manifestación del miedo, de parte y parte.*

El cuento, en la inteligencia de Mejía Vallejo, es una densa, honda y poética modalidad literaria. Tiene las mismas suertes de grandeza de su novelística.

#### Las líneas de una formación literaria.

En algunos de sus ensayos y de sus reportajes que son verdaderos instantes de reflexión, él señala metodologías de trabajo. Ninguna es fácil. El escritor debe ser muy exigente. Riguroso en el manejo de la palabra y de los elementos que integran su obra: Los humanos, los de la naturaleza, los de la vida interior, los que sacuden la prosa de suave poesía. La jornada de creación debe ser dura por lo exigente por su constancia, por la dedicación sin mezquindades de tiempo y de estudio. La facilidad no engendra sino esperpentos. Él mismo cuenta que *La casa de las dos palmas* le exigió diez años de duro volver sobre sus páginas, repensando palabras y términos de referencia a los personajes. El declaró: *Trabajo mucho la obra, trabajo el idioma, la trama, la estructura.* Esto, dicho por un maestro como él es una enseñanza permanente. No es corto el camino. *El contento de lo que hacemos es suficiente retribución.*

#### Coplas y décimas

Quienes trabajamos para acercarnos a la interpretación de la obra de Manuel Mejía Vallejo, debemos declarar una merma en nuestro esfuerzo:

No hemos dedicado tiempo a desentrañar el mensaje de hondura que contienen sus décimas y sus coplas. Allí además de la fuente poética, aparecen multitud de temas que los ubicamos en sus novelas y en sus cuentos. Aquí tienen el giro que les corresponde: El de la sublimación poética. El del arrobó estético. El del aliento hacia el rumbo del sueño, de la imaginación y de la gracia. Es parte de la severa disciplina para entender su mundo: La copla es una manifestación de la poesía popular antioqueña. Con ella se vuelve al sentido del canto de un pueblo. En lo que él ha escrito, él señaló qué representa en su vida: *Este soy yo, el que se va.....Mirada larga para las cosas.* Tiene una colección aún no publicada de *Coplas para que me lleve el diablo.*

*El viento lo dijo*, es un canto a la vida y a la muerte. Son décimas que sirven para reflexionar y decir ciertas verdades que a veces están enmarañadas. Su técnica es difícil por lo exigente. *Prácticas para el olvido* es donde se camina por el filo de la nostalgia, en estos cuartetos.

*Soledumbres*: De su nombre se desprende la magia y hondura del canto que golpea. Los temas son la vida, la muerte, el amor y el olvido. Es explicar la vida en versos: *Escribo cuartetos y décimas para revelar estados del alma que aparecen en un rincón versificado de la copla, de la décima, del romance.* Es una manera de expresarse mi soledad. *No nací para ahorrar vida: La tarea no es durar.*

Esta sensibilidad para la poesía popular, la tienen muy pocos escritores. La misma densidad que revelan y la brevedad, demandan prontitud y rigor, a la vez, en el aprisionamiento del canto. Él le contó al ensayista Augusto Escobar Mesa que tenía escritas más de trescientas coplas, sin publicar, se

va clausurando en el manejo de la inteligencia nacional.

## La música

De los primeros cuentistas y novelistas que llevaron la música a sus fabulaciones, fue Mejía Vallejo. Después han entrado muchos al torrente. Pero en él no fue elemento accidental, que ayudaba a darle acentos a su prosa. Al contrario, desde el primer momento fue esencial. Estuvo en el centro. Sin ella no podría explicarse el mundo que se describía, ni el temperamento de sus "muñecos". Era y es parte fundamental. Viniendo de las artes plásticas, también se acercó a la música con especialísima devoción. La convirtió en eje de su fabular. Ella es personaje ineludible. No es algo alegórico, decorativo, circunstancial. Al contrario, tiene una altísima categoría y ocupa lugar destacado. Es otra de las dimensiones de lo popular que siempre lo impulsan y lo llevan a la alegría del relato. *En Tarde de verano* y en otras muchas de sus novelas la canción es protagonista. En *Aire de tango*, ésta invade el relato, las almas, la noche, el "guapismo", las formas sensuales del amor, los odios encuevados, las suertes extrañas de la vida de los cuchillos. Por eso, esta novela exige cierta hondura en la manera de leerla y expandirla en la crítica.

Mejía Vallejo nos enfrenta con una verdad: *El colombiano no sólo canta sino que tiene esperanzas por los aires que son muy suyos y originales: La cumbia, el bambuco, el paseo vallenato, el porro, el currulao, las canciones tradicionales.* Aquello que nos ha alimentado e impulsado desde niños, sigue custodiando la existencia. Entonces, no hay lógica para que se abandone esa compañía melódica. La música popular va completando la atmósfera que se quiere reproducir. El autor dijo una frase que, además entraña una honda verdad válida para los relatos: *Cualquier pena bien acompañada de música, sirve.* Podría leerse como juego de la imaginación. Pero, realmente, ella descubre un estado del alma. Así a ésta, comienza a recorrerla la poesía y el ser está allí como oráculo de esa revelación que va despuntando en el alma. En sus novelas, advertimos que van jugando papel sutilísimo la plasticidad, mientras crece la sinfonía de sonidos.

## Exigencias al escritor

¿Qué es lo que podemos exigirle al escritor?. Lo primero, que su aporte se caracterice por ser creador: En la novela, en el ensayo, en el cuento, en la poesía, en la copla, en la décima, en el simple ejercicio del periodismo, en el manejo de la atmósfera donde se vana decir la primacía de las ideas o de las doctrinas. Pero lo único esencial es la calidad.

En el caso de Mejía Vallejo que manejó tantas situaciones complejas y dramáticas, logró él, como lo anotó, escribir sin odio y pintar, a veces, la verdad con la poesía.

Él, tenía claros los conceptos. Por ello dejó mensaje que perdurará. No estaba solicitando, en préstamo para uso, algunas ideas. Las tenía y relucían en claridad. Tenía conciencia de su destino. Un día dijo con arrogancia y lucidez: *No voy a sacrificar absolutamente nada de mi tiempo literario por tener más dinero.*

Otro, dialogando sobre la cultura colombiana, hizo afirmaciones válidas: En la literatura nacional, a veces asoma un desprecio a lo nuestro. Es parte lógica de la herencia hispánica. No se ha logrado una liberación. Pero en la propia, existe lo mejor y más profundo. No hemos tenido quizás tiempo para destacar la hondura de su verdad y de su fuerza. Tal vez sea pertinente que se comience una tarea de pensar y buscar la razón de ser de un escritor. Porque necesitamos ubicar cual es la razón de escribir y, en cada caso particular, qué movió a tomar ese oficio a quien se examine. Es el momento de la honda y serena reflexión. Porque el crítico debe ser, necesariamente, otro creador.

Cuando alguien lo enfrentó para que él señalara sus diferencias y sus cercanías con Tomás Carrasquilla, no tuvo embelecios mentales que perturbaran su juicio: Carrasquilla logró reunir en sus novelas: *Un cúmulo de fuerzas que hervían latentes en su pueblo.* Desde luego, no es lo mismo que ha escrito Mejía Vallejo. Este advierte que la similitud que puede haber con Carrasquilla se justifica porque es la misma gente, la misma habla, las mismas creencias, la misma tierra, mitos y

paisajes. Lo admite como Maestro. Pero, desde luego -ya es advertencia nuestra- quienes lo lean encontrarán las amplias diferencias, las referencias dinámicas extrañas sobre el mundo. Sus relaciones entre lo local y lo universal, que van marcando parte de sus libros, son muy diferentes. Este estudio de comparación y valoración, si que tiene importancia para la crítica nacional e internacional.

Volviendo sobre nuestra manera de manejar el juicio sobre nuestra cultura, dijo una verdad elocuente: *En Colombia se ejerce un tipo de persecución muy extraña a la cultura, que es el silencio.*

Realmente, a él lo preocupa que no haya mayor inquietud buscadora, pues tenemos demasiados asuntos propios para saciar nuestra curiosidad. Hay una tendencia deformante al solicitar que nos inclinemos subyugados y gregarios, a lo extranjerizante. Por ejemplo, él cuenta que le ha dedicado tiempo al estudio de lo indígena y lo negro como parte de nuestro gran mestizaje, y que siente que aún le falta mucho para poder llegar a tener comprensión de sus aportes y sus riquezas en diferentes órdenes de la vida de relación y de expansión.

Padecemos porque muchos de nuestros escritores, no tienen conciencia de lo que somos, no sólo en Colombia, sino en el continente, en relación con el mestizaje. Lo siguen mirando con la visión desviada de los españoles. Pero que no se olviden que la historia del progreso, de la cultura, es la irradiación de las influencias de aquél. Éste es fuerza, impulso y conciencia. Que no se equivoquen pensando que la identidad, es la nostalgia. Ella es la fuerza impulsadora. Si no tenemos conciencia de su capacidad de irradiación, estamos moviéndonos en zona de incertidumbre, faltos de claridad.

La literatura nuestra, -para referirnos sólo a la que se inicia después del "tropezón" de Colón con nuestras tierras-, comienza desde los Cronistas de Indias para cambiar el tono de la escritura de los modelos españoles. Aquí se mestizó. El timbre general de la literatura indoamericana y, en especial

de la novela, es poética. Por ello mismo aquí nació y relució el surrealismo. Lo mágico, estaba en la raíz de la naturaleza y en las almas de sus criaturas. El dijo con claridad: En los indoamericanos *escribir es casi un deber cívico y político*. Pero hace una advertencia: Que la protesta debe superar el libelo y que sea literatura lo que se ofrezca. Que en ello, también es importante hallar seres humanos al fondo. Porque nuestro signo, en medio de la miseria y de la desesperanza que de pronto crecen, necesariamente deben inclinarse hacia la solidaridad. Agrega enfáticamente: *La literatura americana -lo reconocen los críticos estadinenses y europeos- es una de las más vigorosas del mundo. Es que el continente es un gran espacio en el que seguirá primando la naturaleza. Por ello se habla de hombres-árboles; hombres-bestias; hombres-rios. Ellos son personajes de ficción. Son almas vegetales.*

En su escritura no hay una sola mirada, aun cuando esté recreando al mismo paisaje y casi iguales seres. Hay otra dimensión cada vez que Mejía Vallejo escribe. Esa es su riqueza. Además lo hace sin intención provinciana o folclórica. Cada relato cambia por la carga universal que lo va impulsando. Puede que persistan elementos que se repiten o que parecen ser ya conocidos. Pero son observaciones diferentes y con riqueza de penetración y de juicio. Sus diálogos son excepcionalmente ricos y ellos, tan difíciles de concebir literalmente en su fabular tienen altísimos grados de enriquecimiento. Como no es una costumbrista, él acaba de romper y dejar atrás esa manera. La visión telúrica es otra dimensión del universo.

Cuando alguno de sus reporteros le preguntó que cuál era su colaboración a nuestra cultura, respondió sentenciosamente: *Mi aporte a la literatura colombiana, es la autenticidad.*

### Juicio revelador

Jacques Gilard, el crítico francés que tantos estudios ha publicado en torno a muchos aspectos de la



literatura colombiana, en carta del 5 de febrero de 1986, al recibir el libro de poemas *La luna y un zapato*, de Hernando Rivera Jaramillo, me expresa:

*Me confirma ese texto en la convicción de que Antioquia requiere un estudio a fondo de su historia literaria. A lo largo de lo que he hecho, he ido viendo que ha faltado siempre la proyección hacia afuera, producto este hecho de la geografía y de la historia: Un mundo que se ha hecho solo y no necesita de bendiciones ajenas. Característica de sus grandes escritores, la indiferencia ante el éxito. ¿Qué posición sería la de Manuel Mejía Vallejo, que renombre el suyo, si él no hubiera sido un hombre tan modesto y tan poco lagarto?.*

### Recado final

Este es un repaso incompleto de las calidades de Manuel Mejía Vallejo. Hemos mencionado aspectos cardinales en su postura frente a los problemas de su creación y de la cultura. Quienes lo estudiamos con admiración, sabemos que aún nos falta mucho por profundizar y revelar. Es fuente de honda versatilidad en la gracia de su escritura y en la serena profundidad de su discurrir. Este ensayo, es una invitación para que lleguen nuevos avizores de su grandeza intelectual.

Al terminar, necesito declarar que he logrado ordenar parte de lo que él creía del amor, de la vida, de la muerte, de Dios y del Diablo, del sueño y la hondura de la desesperación. Ello me permite convocar a quienes me lean para que refresquen sus almas, dejando que penetre el viento de su poesía, que recorre e ilumina sus páginas.

### Referencias

- AGUIRRE, Alberto: Cuadro en El Colombiano, 10-VIII-1998
- ARENAS B, Rodrigo: Crónicas de la errancia, del amor y de la muerte. II Edición. Homenaje a Colsubsidio. Ed. OP. GRÁFICAS. 1990. Bogotá
- BETANCOURT, Belisario: Declaración de amor: Del modo de ser del antioqueño. El Navegante Editores. 1994. Bogotá.
- ESCOBAR M. Augusto: Memoria compartida con Manuel Mejía Vallejo. Fondo Editorial Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina. Vol.80 Editorial Marín Viezo Ltda. 1997, Medellín.
- LEW, Claire: Ascenso a la Casa de las dos Palmas. Ensayo en el suplemento literario Imaginario de El Mundo, 25 de julio de 1996. Medellín.
- MORALES B., Omar: La gesta de la arriería. Segunda Edición Editorial Planeta. 1997. Bogotá.
- MORALES B., Otto: Perfiles literarios de Antioquia. Ediciones Universidad Nacional de Colombia. 1987. Bogotá.
- MORALES B., Otto: Estudios Críticos. Segunda Edición. Plaza y Janes. 1986. Bogotá.
- MORALES B., Otto: Colección: Conozca a Manuel Mejía Vallejo: Una novela urbana "Aire de Tango" y el derrumbamiento de una época. Ediciones Universidad de Antioquia, 1982. Medellín.
- MORALES B., Otto: Obra escogida. II Tomo. Colección Biblioteca Piloto de Medellín para América Latina. 1980. Ed. Letras. Medellín. TRONCOSO: Proceso creativo y visión del mundo en M.N.W. Procultura - Presidencia de la República 1986. Bogotá.
- MORALES B., Otto: Páginas del suplemento "Generación: 1939-1942". Selección y prólogo de O.M.B El Colombiano y Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina. 1991. Medellín.